

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Examinado en la Fiscalía el viernes 18.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses... 9 rs.
Seis id... 16
Un año... 30

PROVINCIAS.

Tres meses... 10rs.
Seis id... 18
Un año... 34

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses... 22 rs.
Seis id... 36
Un año... 74

En París recibe suscripciones y anuncios para EL CASCABEL, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.
Se suscribe en la Habana, Propaganda Literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses... 25 rs.
Un año... 48

FILIPINAS.

Seis meses... 30 rs.
Un año... 54

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

POLÍTICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

COSAS DEL DIA.

Caballeros, lo de Italia no está muy bueno que digamos.

El amigo Garibaldi se ha empeñado en echar por la calle de en medio, y sus partidarios andan ya por aquellas comarcas riñendo con las tropas pontificias.

Desde el momento en que se han roto las hostilidades, empieza a no saberse la verdad.

Los periódicos que simpatizan con los garibaldinos anuncian que estos señores reúnen mucha gente, son recibidos en las poblaciones con cohetes y repiques, y de cada cien enemigos que se les presentan matan doscientos, y los demás se les pasan con armas y bagajes.

Los periódicos amigos de los papalinos, nuevo nombre dado por no sé quién a los soldados del Sumo Pontífice, dicen todo lo contrario: que los garibaldinos son pocos y mal avenidos, que en las poblaciones los reciben a tiros y a cantazos, y que en todos los encuentros habidos han apelado a la estratagemina de la fuga, y a pesar de ser más en número que los papalinos, éstos los han destruido completamente, sin disparar un tiro.

De manera que a juzgar por lo que dicen los periódicos de uno y otro bando, en esta guerra van a triunfar las dos partes beligerantes, lo cual no deja de ser un bonito resultado.

Ahora salimos con que Francia ha escrito una carta a Italia, diciéndole poco más ó menos:

«Mi estimada amiga; hágame V. el favor de no entrar en los Estados Pontificios, á título de pacificadora ni de ninguna otra manera, porque á V. no le corresponde eso, y ya sabe lo tratado y firmado por V. y por mí. Expresiones á todos, etc.»

A cuya carta parece que ha contestado poco más ó menos Italia.

«Muy señora mía: Recibo la apreciable de V., y me apresuro á decir á V. que estoy enterada, y que me alegraré de que se le curen á V. esos reumatismos.»

Y á todo esto, Prusia guña el ojo á Italia, y Francia está muy escamada, y por aquello de que es imposible que haya paz entre los hombres, todo hace creer que ahora que termina la fiesta de la Paz, que así han llamado á la Exposición de París, empezará la fiesta de la guerra. Y así, hasta que acabe el mundo.

En un periódico de Madrid, ministerial por contera, encuentro una consoladora noticia. Hablando del teatro Real, dice:

«Es el teatro Real de Madrid uno de los más deliciosos centros de la buena sociedad, donde se olvidan, sin querer, todos los pesares y amarguras de la calamitosa época que atravesamos.»

Esta noticia llevará un gran consuelo á muchos que yo conozco.

Por ejemplo: un cesante que no ha comido hace dos días, y tiene la fortuna de hallar quien le dé una peseta, en vez de ir á tomar algo caliente, con lo cual satisfará el estómago, pero no dejará de lamentar su prolongada cesantía, lo que hará será irse al teatro Real, y allí se le pasarán las ganas de comer, creará que está colocado en un alto puesto, y saldrá del Paraíso alegre como unas castañuelas, tarareando La Hebra, y completamente feliz.

Un caballero, á quien le deban mucho dinero, y no pueda cobrar un cuarto, en vez de ir á molestar á sus deudores, de los que acaso no recoja mas que malas ra-

zones, se va al teatro Real, y sin querer, se le olvida todo, y hasta da de buena gana el dinero que lleve en el bolsillo á uno que ya le debe, y no le paga, una cantidad regular.

Y vean VV. á qué diálogos puede dar lugar el olvido de las penas y amarguras que consuela á todos los concurrentes al teatro Real:

—Don Eduardo, me debe V. dos meses de casa, seis semanas de ropa limpia, y cuatro brevas del Cid.

—Patrona, mientras haya teatro Real, no me hable V. de eso, porque se me olvida todo lo que me contraría.

—Adela, hemos concluido: ayer estabas en el Paraíso hablando con otro.

—No ves que, como estaba donde se olvida todo, se me olvidó que tengo relaciones contigo hace diez años...

—Mira, esposo, esto es inaguantable: hace algunos días que vuelves á casa á las seis de la mañana, después de pasar la noche no sé dónde.

—Mira, hija, dispensa, pero como hay teatro Real y allí se olvidan todas las penas y amarguras, todas las noches me olvido, sin querer, de que estoy casado, y salgo del teatro, y no sé dónde ir, hasta que por la mañana me acuerdo de que estás casada conmigo.

—¡Jesús! ¡qué roto tiene V. el pantalón, y qué raída la levita, y qué mugriento el sombrero, señorito! Tiene V. que mandarse hacer traje completo.

—¡Calla, hombre, si ese traje es para ir al teatro Real! ¡No ves que allí se olvida todo?...

Y etc., etc.

El teatro Real es, por consiguiente, el gran consuelo en esta época tan calamitosa, y el centro de la buena sociedad.

De modo, que todo el que encuentren VV. á las diez de la noche fuera del teatro Real, ni pertenece á la buena sociedad, ni tiene penas ó amarguras, ó si las tiene, no las puede olvidar.

Recomiendo á VV. las monedas de cinco duros, que tienen la superficie de oro, y el fondo de otro metal.

Son falsas, y con ellas se exponen VV. á tener una moneda de cinco duros, y á no tener cien reales.

¡Y es curioso pensar que si desde la creación de la moneda se hubieran hecho las monedas con una capa de oro y un fondo de otro metal, las que son de oro solamente serían falsas!

No me opongo á que se persiga á los fabricantes de esas monedas, pero hay que confesar que son lógicos.

Ellos habrán hecho el siguiente raciocinio:

—Dícase que hay poco dinero; si hay poco dinero es porque no le hay; pues la manera de que lo haya, es hacerlo.

Y lo han hecho, solo que es falso.

Si fuera de ley, no habrían hecho ninguna cosa del otro jueves.

Por lo demás, hay muchas cosas que están en las mismas condiciones que esas monedas de cinco duros

con la capa de oro y el fondo de metal de belones ó de ochavos morunos.

Don Candido, un amigo mio, tiene capa de virtuoso, y por dentro, digámoslo así, es el hombre más vicioso del mundo.

Don Lucas, otro amigo, es un hombre que tiene un pico de oro y una intención como un toro.

Doña Rosalía se asusta de ver matar á un ratón, y de buena gana le daría á su marido un par de huevos fritos con ácido prúsico.

Italia entra en los Estados Pontificios con capa de protectora y con intenciones de conquistadora.

Los periódicos absolutistas hablan siempre de religión, y son soberbios, y provocadores, y agresivos.

La Union liberal tiene capa de union y no hay cosa más desunida.

Los progresistas, con el progreso por delante siempre, se quedan detras.

Los moderados, en llegando el caso, no tienen la moderacion que indica su nombre.

Demócrata conozco yo que trata á puntapiés á su lacayo.

La jubilados están rabiando con la jubilacion.

Hay quien se llama activo porque cobra haber activo, y no hace nada.

Y ea fin, si se va á ver, hay pocos hombres en el mundo y pocas cosas que no sean como las monedas de cinco duros con capa de oro y fondo de estaño.

C. FRONTAURA.

ESTUDIANTES DE LA TUNA.

(Cuento picaresco.)

CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO TODOS SE ENAMORAN DE ELLA.

I.

¿Y quién es ella?

Despacito, que no soy saco.

Entremos en método para proceder lógicamente, y en su punto y sazón sabremos quién es ella y todos, pues como reza el refrán, cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento.

Digo, pues, que allá por los últimos años de la tuna, orden de calaveras andantes en que ajustaban como á su exacta medida todos los bonetes doctorales, atravesaban en direccion contraria la Plaza de Bib-arambla de Granada, dos oficiales mínimos ó subalternos, gallardeándose marcialmente como hombres gentiles de sus reales personas.

Detuviéronse á cierta distancia, como si quisieran reconocerse, y reconociéndose muy luego, avanzaron resueltamente y se abrazaron con gran júbilo.

—¡Calamina!

—¡Cisneros!

—A los tres ó cuatro años nos volvemos á ver.

—¡Qué encuentro tan feliz! Pero ¿qué veo? ¡alférez aun!

—Aun alférez ¡vive Dios! ¡Con una hoja llena de ha-

zañas, funciones, arrestos y otros servicios!

—Consuélate, chico, que con notas idénticas, alférez soy también. Pero, ¡qué cara! ¡Estas enfermo?

—Como que traigo encima lo menos cien leguas de camino. Pero yo no desmayo nunca. Tres días hace

que vine, y en mi alojamiento no he dormido ni una noche. ¿Quién duerme dentro, cuando fuera llaman naipes, copas, chicas?... Chico, bien hemos de solazarnos.

—Pues si yo parto mañana, dijo Cisneros con cierto pesar.

—¿Mañana! exclamó el otro con asombro. ¿Y con qué destino?

—Voy á mi pueblo con licencia temporal.

—¿Qué disparate!

—Ya no hay remedio.

—¿Mal rayo te parta por querencioso! Ya no extraño que no asciendas. Si aun tienes mamá y papá, y... Y Calamina soltó una carcajada de hombre desprecupado.

—No es eso, hombre, dijo Cisneros como defendiéndose.

—¿Pues qué diablos es?

—Es que tengo allí tres ó cuatro novias, que desean casarse todas conmigo.

—Da órden para que se vengan, nos casaremos y....

—Seis años hace ya que faltó de aquel canton.

—Ocho cumpidos há que salí yo de mi pueblo, y he jurado no volver hasta que con tres galones vaya á ponerle sitio. Veinte leguas dista solo de esta capital, y ni por allí he pasado ni pasaré de retorno, ni aviso has ta hoy mi accidental traslación.

Y eso, para que me manden cuartos. Conque rompe esa licencia y....

—No puede ser. Acompáñame.

—¿Dónde? ¿A tu pueblo?

—Nó, á casa de mi coronel, que ha de darme el pasaporte.

—Pues, recluta, dijo Calamina con indignacion de brigadier retirado, lo que es yo, ni con un paso autorizo tu deserccion; ántes bien, los daré, y con mucho gusto, para que vayas á un castillo.

—No seas tan intransigente, repuso Cisneros, enlazándose del brazo del otro; ven, vamos á mi coronela.

—Vamos: ¿es guapa?

—¿Quién? ¿la oficina del coronel?

—¿De la oficina hablas?

—Sin duda.

—Pues entónces, vé tu solo.

Y Calamina se desasíó bruscamente.

Cisneros insistió.

—¿Me acompañas ó nó?

—Nó, porque vine á hacer una emboscada en este sitio, y no abandono la posicion que ocupo hasta sorprender y derrotar al enemigo.

—¿De emboscadas ántes?

—¿Si vieras qué muchacha tan bonita! Pero la rondan los malditos escolares, y ó me dejan libre el campo, ó los paso por las armas.

—Ya no extraño que no asciendas.

—¿Y eso?

—Eres un recluta.

—¿Eh?

—Que así entiendes tú de guerra en punto de ardiendes, como por los Cerros de Ubeda.

Calamina se puso sério, y seriamente continuó Cisneros:

—Recluta, repitió; franquea el glasis de ese castillo, baja los puentes, da tiempo; el enemigo llega, mira, explora, cree dormido al centinela, y al tirar la escala al muro, lo coges entre rastrillos y....

—No piensas mal, dijo Calamina con cierto sabor.

¿Pero á donde hemos de esperar?

—Aquí.

Y Cisneros le cogió otra vez del brazo, y saliendo de la plaza, se encaminó á la coronela.

II.

No bien salieron los dos oficiales, cuando entró en la plaza por otra avenida el héroe de esta accion.

Era un sopista.

Flaco y pálido por sus vigias de estudios y de abstinencias, media o de estatura y expresivo de semblante, con su tricornio en facha y su cuchara de boj en el tricornio á guisa de cucarda, con sus cien girones, y remiendos, y manchas en el manto, y el manto siempre terciado, Bruno, que así se llamaba nuestro héroe, era la encarnacion triunfante de la honrosa tuna.

De sus aptitudes morales nada diremos, porque muy luego y de por sí han de resaltar ellas.

—*Omnia labor vincit improbus!* entró diciendo en la plaza. Ya lo sé todo, sé á lo ménos lo que necesito saber. Se llama Paula; le zumba la edad del diablo en sus oidos de ángel, cien virtudes atesora, cien, sin error de suma ó pluma; rica y... rica: total, ciento. ¿Y hermosa? Bien es verdad que las hembras no tienen para mí, que soy el filósofo moderno, fisonomía, sino bolsillo. He aquí el *quid divinum* del *totum humanum*. ¡Si saliera Paula! Sal, Paula mia, sal, sal... azúcar. ¡No sale!

En esto se dejó oír por la misma direccion que Bruno trajera, una algarabía de mil diablos, diablos que tambien conocia Bruno.

El gran sopista sacó al punto de entre sus hopas un librajó que siempre llevaba consigo para estos casos de honor, ó sea de astucia, y sentándose presurosamente en un poyo, se abismó, por decirlo así, en el más profundo estudio.

Una bandada de cuervos, ó sea una comparsa estudiantina tan derrotada como el preinserto corifeo, se presentó muy luego en escena.

—¡Bruno! gritaron todos reconociéndolo y acercándose á él. ¡Bruno!

—Bruno, contestó el nombrado, no tomará participio en vuestras lupercales, pues tiene que tomar de coro todo este capítulo en latin, y enrevesado.

—Pues á estudiar, que hay falta de... mónacos.

—De obispos, dice el refran.

—Eso dice, pero yo digo, repuso el preopinante, que

diz se llamaba Roque, digo que allí, allí enfrente mora la sin par Dulcinea de este goloso.

—Este se traga mi libro, dijo al paño Bruno.

—¡Oh Dulcinea! que quiere decir, dulce Paula, mia serás.

—Nuestra, corrigieron los otros.

—Reclamo para mí el exclusivismo de su tesoro de virtudes.

—No tiene un cuarto, amigo Roque, observó Bruno interrumpiendo su estudio. Amauense de curia es su padre en el partido de... y vino á la capital por papel de pobres: conque tendrá muchas riquezas que dejar á la Dulcinea del goloso?

—Niego el consiguiente, porque son falsas las premisas; el padre es rico.

—Prueba el aserto.

—Prueba: que será mi mujer ántes de poco.

—Prueba es, dijeron los otros riendo á carcajadas.

—*Juris tantum*, arguyó Bruno. Con toda la fé pública y privada de un infrascrito, pruebo yo en contra que el padre es más que pobre, paupérrimo. Por fortuna ó por desgracia, existe un documento fidedigno en pró de mi afirmacion, y puedo hacer que se le exhiba ahora mismo al que interés tenga en ello para su conocimiento y efectos oportunos.

—Yo tengo ese interés, dijo Roque, aceptando simplemente toda la fé pública y privada del infrascrito.

—¿Quieres convencerme?

—Quero.

—Pues sígueme con testigos.

—Vamos, dijeron los otros.

Y todos fueron tras de Bruno, quién fiel á su intento nada más, los llevó.... La crónica no dice dónde diablos los condujo.

III.

Todavía falta conocer á otro galan enamorado de ella, y ya sentimos sus pasos por una de aquellas calles.

Es un caballero del mismo hábito, aunque sin cosa de insignia en el tricornio. No es verdad que al sopista le faltara la cuchara; la tenia, y de buen tamaño, mas llevábala en la faltriquera por un decoro absurdo en la egregia órden de la tuna.

Fuera de esto, era tan buen mozo como Bruno: de su misma estatura, de sus mismas carnes, ó huesos, si quereis más exactitud, de su mismo color quebrado por las vigias susodichas y por sus amores bigamos, aunque honestos y castos y aun olímpicos, el tal César, que Cesar se llamaba este sopista, se parecia al Bruno como una raposa á otra.

No se parecian, sin embargo; y agarradme ese cabo suelto por donde podais. Es que eran idénticos en todo, ménos en la expresion de sus semblantes. Bruno era alegre, locuaz, decidior: César melancólico, taciturno, sério: los dos eran tunantes; pero aquel, lógico, racional, característico; éste, absurdo irracional, como un tunante que degeneraba en hombre de bien. He ahí como se parecian y no se parecian.

Los dos tambien estudiaban derecho, algo torcido en verdad, porque si Bruno se iba por los cerros de Ubeda, César por los montes del Parnaso.

Dicho se está que este infeliz era poeta, no cómico, sino lírico, patético sensible.

Ahora bien, oigámosle hablar enfrente de ella.

Pero ¿quién diablos es ella?

No es ningún diablo; ella es Paula (que todo no puede decirse a un tiempo), y Paula es una moza de quince abriles muy floridos en verdad, hija de don Próspero Maiz, que vino á la capital hace tres ó cuatro dias á diligencias de un pleito.

—He allí el Parnaso, decia César, sentado ya en un poyo.

No hay que decir, por nuestra parte, que el Parnaso de este poeta era la casa en que se alojaba su Musa.

—Allí, allí está mi Musa, mi Erato, mi Paula.

César dió un grito sordo, y no habló más; pero se puso una mano en el corazon, y comenzó á enviar besos con la otra á una bellísima nubil, que asomada á un balcon, los aceptaba con cierta sonrisa de sencillez lugar ña. Era ella.

—*Tu quoque!* dijo para sí un tercero, dándose á todos los diablos desde la esquina inmediata.

Era él, Bruno, que estaba ya de vuelta, despues de haber extraviado á Roque y compañía.

—*Tu quoque!* repitió con más despecho.

Y como si no entendiera él su propio latinajo, se lo tradujo á sí mismo con toda esta sal y pimienta:

—¡Tú tambien la amas, gran bruto!

César fué más allá con sus señajos: sacó un papel doblado á modo de carta, y se lo ofreció á la Paula.

La Paula, que rabiaba por un novio, y que en su sencillez no ocultaba su conexion ó deseo, le significó que sí. Pero llamada adentro por su padre, desapareció muy luego del balcon.

César sacó ahora un lápiz, y comenzó á escribir.

—¡Le escribe! exclamó Bruno con escándalo. «A un panal de rica miel, dos mil moscas acudieron.» ¡Qué avaros! Pero este abusa de mí, y no lo permito. Voy allá á romperle la carta y el tricornio, y lo que mete en él.

Y esto diciendo, enderezó hácia su colega.

—¡Hola, Cesar!

César lo miró con repugnancia, y continuó escribiendo sin devolverle el saludo.

—¡Don César Febeo y Ritmo!

—No me interrumpas.

—¿Qué se hace?

—Nada, vete.

—Me siento, dijo para sí el otro, desato la húmeda, lo mareo y se va.

Y se sentó junto á César.

—¿Versos? le preguntó inclinándose al papel.

César se retiró un poco.

Bruno tosío como para despertar su elocuencia, y desatando la susodicha, comenzó á marearlo de es' modo:

—Discurro, señor don César Febeo y Ritmo, que un poeta, pese á tí y á tus homónimos, es el animal más cuidado....

—¿Cómo? preguntó César con cierto enojo.

—No hay que enfadarse, repuso el otro con mucha sorna. Todo hombre es animal, es así, que el poeta es hombre: ergo....

—¿Cuidado!

—Y añade flaco, *descuartizado*, desahuciado.

—¡Necio!

—Podré estar en un error, pero.... á ver, trae.

—Huye.

—Iba á censurar tus coplas.

—¡Coplas!

—Poesias.

—Pero ¿qué entiendes tú de poesia? preguntó César lleno de sacra indignacion.

—¿Qué entiendo de poesia? dijo Bruno como escandalizado. Más que los tres inmortales Horacios y los tres Curacios, y los tres Scipiones, y los nueve de la fama, y los doce pares de Francia, que eran veinticuatro nones.

—Déjame componer en paz.

—¿Cómo! ¿Qué entiendo yo de poesia! Yo te lo diré ahora mismo.

—Hazme el favor de no decírmelo.

—Poesia es un conjunto de bienes sin mezcla de metal ninguno. Toma los aires y las aguas del Parnaso.

—Déjame componer te ruego.

—¡Parnaso! Monte sublime, donde hay de todo lo dorado, ménos oro ni trigo; de todo lo blanco, ménos plata ni....

—¿Quieres callar?

—Mansion de las nueve novias, que si bien viudas y en carnes de milésimas nupcias, en cambio aportan al talamo pingüe dote de... consonantes.

—¿Quieres callar?

—Ellas, suple musas, encienden la hornilla del número, esa olla ó puchero sin cosa de carne ni jamon, mas llena, eso sí, llena de espuma y arrullos y otras sustancias *ejusdem furfuris*.

—No me interrumpas, dijeron los dos casi á la vez.

—Y prosiguieron, el uno componiendo y descomponiendo el otro.

—¡Oh número! principio p-íquico, espiritual, espiritual, principio y fin, ó sean postres de la mesa de los bardos! No me dejes caer en tu tentacion, mas libracos de mal.... ¿Por dónde iba? ¡Ah! Deduzco *á priori* y *á posteriori* tambien, que todo poeta es un fluido aeriforme, imponderable, incoercible, ó lo que es lo mismo, flaco, descuartizado, desahuciado, des....

—¿Sabes, Bruno, que me vas ya cargando? dijo César.

Bruno sintió una tentacion de risa, que venció con un exreso de seriedad, y continuó por el mismo tono:

—Fluido que rie como un arroyo, y gime como un soplo de brisa entre los dulcísimos pétalos de la coluquintida.

—Vete, hombre, por Dios; vete, y no me tientes la paciencia.

—¿Qué! ¿no estás de acuerdo conmigo en este punto, no ya de poesia, mas de lógica? En ese caso, respóndeme.

—No te respondo.

—Son diez preguntas no más.

—¡Diez preguntas!

—O doce; es cuestion de números.

—¡Bah! ¡bah!

—¿En qué pasa un poeta el dia?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes! ¡Qué ignorancia tan supinal! Pues, lo mismo que la noche. ¿Cómo la pasa?

César se retiró al extremo del poyo, y continuó escribiendo.

Bruno se le acercó hasta tocarlo.

—¿Cómo pasa la noche? ¿Ni eso sabes? Pues soñando, hombre, soñando. Pero ¿en qué sueña? ¿Tampoco? Pues hombre, en la bucólica.

—¡Infame! dijo César crispándose, en la gloria.

—Eso mismo, repuso Bruno sin perder la seriedad del diablo, en la gloria. Yo cometí una metáfora, pero sale la misma idea el fin y al cabo, porque gloria es... ¿Qué es gloria? Distingo. Hay dos clases de gloria: la de arriba y la de abajo. La de arriba es un bien que está á la derecha, y á la siniestra buskais vosotros los poetizantes. ¿No es esto?

—¡Arre!

—¡Só! La de abajo es el infierno de esta vida.

—Calla, hombre, calla, si no te escucho.

—La vida es abigarrada, *id est*, de color de espuma, de color de chocolate, de color de rosa ó vino, y de color de humo de imprenta. O lo que es lo mismo, escucha, que va en verso, y heróico:

Vida con gloria sin dinero,
vida con dinero sin gloria,
vida con gloria y con dinero
y vida sin dinero ni gloria.

¡Magnífico cuarteto! señor don César Febeo y Ritmo.

Y el muy chusco soltó una carcajada burlona.

—¡Bruno! ¡Bruno! dijo César rechinando los dientes, ten la fiesta en paz, y vete, porque eres insufrible y....

—¿Salen los cuatro colores? preguntó el locuaz sin curarse del cesáreo enojo.

—Hazme la merced de irte.

Y el poeta, que no podia componer en esta inundacion parlamentaria, se oprimió la frente entre las manos, como para esprimir el zumo de su inspiracion.

—Sigo en verso, dijo Bruno. Ahora va en silva.
Glosa.

La vida con gloria sin dinero
viene á ser espuma de nada entre dos platos.
(Me faltó una sílaba, perdona.)
La vida con dinero, sin gloria,
es prosa, por la que algunos
trocaron sus poemas.
La vida con gloria y dinero
es el movimiento continuo,
ó sea la cuadratura del círculo,
ó sea....

(Me sobr6 otra sílaba; cóbrate, y en paz.)

La vida sin dinero ni gloria
es un círculo... círculo, decir quiero,
redondo como un cero.

La vida se sostiene con sustancia:
todos la comen menos los poetas;
los poetas comen ilusiones;
las ilusiones son copas de ambrosía;
la ambrosía es una inspiración secreta
que recibe el poeta.

¡Vaya una silva completa!
y discreta.

Y... no hay más consonantes en eta.

—¡Mal rayo te parta! exclamó al fin César perdiendo
ya los estribos de su paciencia.

—Amen, contestó Bruno santiguándose piadosamente
como un monje benedito.

—Esas no son gracias.

—No hay por qué dárslas. Prosigo.

—No proseguirás.

—Es que me soplan.

—Las furias que te lleven en cuerpo y alma.

—Amen. Pero acabo en una hora.

—¡Una hora aun de hablar!

—Poco más ó menos.

—Basta ya; ni media, ni un cuarto, ni un minuto.

—Pero hombre, por Dios, replicó el hablador sempiterno, permítame una palabra siquiera, que no has de
hablármelo tú solo.

César no pudo resistir ya este golpe, y se tiraba de
las greñas.

—¡Válgame Dios! ¡Cómo te pones por nada! ¡No pul-
sas tú esa tu lira, instrumento sin prima, ni segunda,
ni tercera, ni bordones? Pues bien, hombre, cada cual
pula la suya. Además, sentaste la proposición siguiente:
¿Qué sabes tú de poesía? Cúmpleme á mí probarte que
sé de poesía. Ahora bien, con permiso, prosigo, pues.

—¡Que no te saliera un cáncer en la lengua! Ya no
puedo anudar el hilo del concepto.

—Te se trucó? Trae, trae, yo te lo anudaré.

—Tómalo ¡vive Dios! dijo César rompiendo el papel y
tirándole á Bruno los trozos, digámoslo así.

—¡Muy bien! dijo el locaz entre paréntesis.

Y añadió en alta voz y con su sorna siempre:

—¡Y lo rompes sin haber oído mi imparcial juicio crí-
tico!

—Pero ¿qué entiendes tú de eso? dijo el otro leván-
tándose.

—¡Dale, bola!

—¡Bien saldrían las musas de tus manos!

—Señor don César Febeo y Ritmo, acentuó Bruno
con cierta indignación, si yo fuera profano respecto á
músicas, no hablaría, señor don César Febeo y Ritmo,
en esta súbita y solemne ocasión con todo este magis-
terio y toda esta... magistratura.

—¡Bárbaro! dijo César retirándose enojado.

—*Risum teneatis*, se dijo á sí mismo Bruno.

Pero ya á solas se desterniló de risa.

(Se continuará.)

JUICIO CÉLEBRE.

En tierra de musulmanes, por todas partes hay jue-
ces. De Mogador á Barora, de Bolkhara á Zauzibar, se
ven por pueblos y campos venerables *Cadís*, encarga-
dos de aplicar á los intereses privados las divinas pala-
bras del Koran. En ninguna parte se veera más la jus-
ticia que en país musulmán; sin embargo, alguna vez
suelen protestar los condenados.

—¡Por Alah! exclama el litigante desgraciado, este
es un juicio de *Kara-Kach*.

Esta frase es general: yo por mi parte, la he oído en
Marruecos, en la Argelia, en Tunez, en el Cairo y en
Siria.

Hace algunos años viajaba yo por el Sahara en
compañía del Cadi de Medeah. Hacía un calor sofocante.
Bajo un cielo esplendente la naturaleza estaba
silenciosa y el desierto era sonoro como una cúpula de
mezquita.

Alah nos cuece, dijo el Cadi; solamente el avestruz
y el litigante viajan con este tiempo.

Yo nada dije, y seguimos caminando.

Una banda de avestruces atravesó nuestro hori-
zonte.

—He allí el avestruz, dijo el Cadi.

—Dios le dé sombra, le contesté.

Al poco tiempo vimos un grupo de hombres.

—He allí los litigantes, dijo el Cadi.

—Dios les dé justicia.

Aquellos hombres no se movieron de su puesto, de-
jándonos llegar.

—Señor, dijo el de más edad, cuando lo creyó oportuno:
sabíamos que hoy pasarías por nuestro territorio,
y venimos á tu encuentro para que nos apliques la pa-
labra de Alah.

El Cadi, á caballo siempre, escuchó á los litigantes,
y despues dió su sentencia.

Perjudicados y favorecidos, todos besaron la mano
del juez, y seguimos nuestro camino.

Despues continuaron disputando los litigantes, y en

medio de su gritería, oí distintamente la voz del perdi-
doso, que decía:

—¡Por Alah! este juicio es el de *Kara-Kach*.

—Señor Cadi, dije yo entonces á mi compañero de
viaje, ¿quién es ese *Kara-Kach*, cuyos juramentos son
tan famosos?

—Era un juez íntegro, me contestó, el cual aplicaba
severamente la ley y llevaba la lógica hasta sus últimos
límites, llegando á veces al absurdo. He aquí un juicio
suyo:

—Oigamos.

—En aquel tiempo (hace ya muchos siglos), *Kara-
Kach* era Cadi del Cairo: confiando en la palabra de
Dios, jamás se refería á su propio juicio, y como estaba
muy versado en los libros sagrados, sabía aplicar muy
bien el Koran divino.

—¡Gran ciencia! exclamé yo como asombrado.

—¡Grande! repitió el Cadi. Así, pues, continuó di-
ciendo, *Kara-Kach* era muy venerado, y su más céle-
bre juicio fué este:

Había en en el Cairo un pobre tejedor llamado *El-
Huki* el cual vivía muy pobremente con su buena mu-
jer. Quiso Dios someterlos á una prueba, y una maña-
na, al abrir la tienda, echó de ver el infeliz tejedor que
le faltaba la tela que había teñido la víspera. Entonces
levantó al cielo los ojos diciendo:

—¡Alah es grande!

Luego buscó por dónde se introdujera el ladrón;
pero la cerradura estaba intacta y la puerta en buen es-
tado. El pobre se resignó con su desgracia, y trabajó
con más celo, para indemnizarse de la pérdida.

Pero el día siguiente tuvo un momento de desespera-
ción, observando que el ladrón había vuelto.

—Gracias, ¡oh Alah! dijo luego el desdichado. Gra-
cias te doy, si esta prueba de dolor se me tiene en
cuenta en la otra vida.

A la noche contó su desventura á su mujer. Pero
Dios tuvo misericordia de los dos, y les envió un pro-
fundo y dulce sueño.

Y vino el tercer día. El tejedor abrió su tienda en
compañía de su mujer, y los dos tuvieron la blasfemia
entre los labios, notando que por tercera vez habían
sido robados.

El-Huki registró de nuevo la cerradura, y la halló
en el mismo estado; pero viendo luego un pequeño tra-
galuz en el techo:

—He aquí, dijo, el camino del ladrón.

—Sí, sí, afirmó la mujer; por ahí entra el hijo del
pecado.

Despues de consultar entre los dos, decidieron po-
ner una reja en el tragaluz. Pero ¿cómo hacer este gas-
to, si no tenían ni aun para comer? La desesperación
entraba ya en ellos, cuando El-Huki tuvo una idea lu-
minosa. Fué á buscar un espigón, y fijándolo en tierra,
dejó la parte aguda apuntada al orificio del tra-
galuz.

—Con este estorbo, dijo luego á su mujer, no se atre-
verá á dejarse caer.

Despues de la jornada de trabajo, cerró su tienda, y
se fué tranquilamente á su casa.

A media noche cuando tan solo los gatos andan
por los tejados, volvió el ladrón, como ántes, á su mala
obra.

La noche era muy oscura, y al introducir la cabeza
por la abertura del techo, su ojo derecho hubo de cho-
car fuertemente con la punta del espigón. El ladrón
apagó un grito doloroso, y cayó sin sentido en el ter-
rado. Pero el rocío de la mañana lo volvió luego en sí.

Ya de día, fué á casa de un cirujano, el cual le de-
claró, que estando vaciado el ojo, quedaba tuerto para
toda la vida.

Este ladrón era un carpintero, vecino y amigo del
tejedor, el cual se llamaba Nedjar.

Más entrado el día, fué á ver al Cadi-*Kara-Kach*,
que estaba rodeado de sus asesores y escribanos.

—Señor, dijo Nedjar prosternándose ante el juez,
vengo á reclamar la justicia de Dios.

—¿Dónde está tu contrario? preguntó el Cadi.

—En su casa.

—Yo soy justo, y no quiero escuchar la acusación
sin defensa. Llámese á la otra parte.

En efecto, á la media hora estaba allí ya el tejedor,
todo temblando.

—Ahora bien, dijo el juez al demandante: habla.

—Sucesor del Profeta, dijo Nedjar, ya me ves cómo
soy víctima de este hombre de mala intención. Vecino
de su tienda, y aconsejado por el demonio, fuí á bajar
á ella por un pedazo de tela, cuando, con un ardid in-
fernal, me saltó el ojo derecho.

—Y bien, dijo el Cadi, no se debe robar.

—Señor, reclamo contra el castigo: la ley no dice que
al ladrón se le salte un ojo.

—Es verdad: el santo libro está muy claro en esto
como en todo, y dice en su capítulo V, versículo 42:
«A los ladrones les cortaréis las manos.» Aquí no se
habla de ojos; por consiguiente, habían de cortarte las
dos manos: pero una vez que ya has perdido un ojo, no
te cortarán más que una.

El ladrón quiso replicar, pero el Cadi le impuso si-
lencio.

—En cuanto á tí, dijo hablando ahora con el tejedor,
no está menos claro el Koran celeste, el cual dice en el
mismo capítulo V, versículo 49: «En este Código hemos
prescrito alma por alma, ojo por ojo, nariz por nariz,
oreja por oreja, diente por diente.» Ahora bien, tú has
saltado un ojo, luego debes perder otro.

—Señor, exclamó el tejedor, yo...

—¡Silencio! dijo el gran Cadi, no quiero prolongar los
pleitos, para que sea tarda la justicia; tu causa está
extendida, y yo, que estoy aquí para aplicar la ley, la
aplico.

Y dirigiéndose á sus alguaciles, dióles orden de
cortar una mano al ladrón, y de saltar un ojo al te-
jedor.

—Pero, señor, exclamó el uno maldiciendo la idea
del espigón apuntado al tragaluz.

—Señor, replicaba el otro, maldiciendo á su vez la
idea de querrellarse del entuerto.

—¡Silencio! decía el Cadi imponiéndoselo á todos.

Luego, dirigiéndose á sus escribanos:

—A ver, les dijo, tomad acta de este juicio, para que
sirva de regla á los jueces de los venideros tiempos.

—¡Pozo de ciencia! exclamó el tejedor desesperado,
viendo ya el hierro candente cerca de su ojos. ¡Señor,
tú que eres la misma sabiduría, no sabes reflexionar
una cosa de justicia!

—¿Qué es? preguntó el juez mandando suspender la
ejecución por un momento.

—Es esto, señor, contestó el otro. Mi acusador es
carpintero de profesión, y para igualar sus planchas y
seguir el hilo de su cepillo, está obligado á cerrar un
ojo; luego tiene uno demás; luego no lo he perjudica-
do; mientras que yo, siendo, como soy, tejedor de oficio,
¿qué haría para ver correr milanzadera de derecha á iz-
quierda y de izquierda á derecha si me faltara un
ojo?...

—Es verdad, dijo el Cadi.

—Reflexionad bien en esto, pozo de sabiduría.

Kara-Kach se recogió un momento, y despues de
haber oído á sus consejeros, despidió á las partes, bastan-
te castigadas por Dios. Sino que como en este juicio
se había probado que los carpinteros tenían un ojo
demás, el gran Cadi hubo de someter al sultan un pro-
yecto de *firman* para que ests honrados artesanos tu-
vieran un ojo de menos, esto es, la vista necesaria
nada más.

Este *firman* fué promulgado, y he aquí cómo y por
qué fué tuerta en el Cairo toda una generación de car-
pinteros.

CASCABELES.

A *La Epoca* le choca lo que ha aumentado el presupuesto de
las clases pasivas.

Hija, calle V. la boca,
y no le produzca espanto,
que aquí choca tanto y tanto,
que á mí ya nada me choca.

El señor Nocedal va á publicar un periódico.

—Anda, morena! ¡Flojo ibérico se va á armar entre *El Pensa-
miento*, *La Regeneración*, *La Esperanza*, *La Lealtad* y el periódico
nocedalino!

En un periódico hemos leído que á los zuavos pontificios se
les llama *papalinos*.

¿Quién habrá inventado ese nombre?
Y yo tengo una vecina
que ayer á decirme vino:
—Mejor que una papalina,
quisiera yo un papalino.

En el teatro de Novedades han logrado éxito completo la se-
ñora Zamacois en *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, y el tenor
Sanz en *El Potillo de la Rioja*. El público de aquel barrio se
pirra por las canciones populares. Creemos que la zarzuela ha
de hacer fortuna en aquel teatro.

Hablábase de la elegancia en el vestir de cierto señorito de
Madrid.

—Hombre, dijo uno, pues yo no le hallo esa elegancia que pon-
deran VV.

—Entonces no le conoce V.

—Sí, señores, le he visto este verano.

—¿Dónde?

—Bañándose en el baño grande del Manzanares.

Ejemplo para evitar desafíos:

Acepta V. el que le proponen, y dice en seguida que no se
bate V. mas que á pistola á dos pasos. Y si le preguntan á V.
por qué quiere V. batirse á tan corta distancia, contesta V. que
es V. miope; y si encuentra V. un adversario capaz de aceptar,
en ese caso la echa V. de generoso, y se resigna á que el duelo
sea á cincuenta pasos, y si el otro es caballero, admirado del sa-
crificio que hace V., siendo miope, desistirá del duelo, y si no
desiste, entonces, lo mejor que puede V. hacer es darle satisfac-
ciones y excusas.

Un personaje que murió hace poco, dejó dicho en su testa-
mento que no se le enterrase hasta cinco días despues de su
muerte, porque tenía mucho miedo á ser enterrado vivo.

Su viuda siguió al pie de la letra la orden del difunto; se le
enterró pasados cinco días, pero le hizo embalsamar cuando no
había un cuarto de hora que era cadáver.

Un tonto oía contar el otro día, que, habiendo pedido repeti-
das veces una señora su retrato á Napoleón, éste sacó al fin un
día una moneda de cinco francos con su busto, y se la dió.

—¡Hombre! exclamó el tonto de capirote, buen golpe fué ese...
Yo haré lo mismo con las que me pidan el mio.

Estando un sargento enseñando á los quintos á montar á ca-
ballo, apostrofó de esta manera á uno que era muy torpe, y á
caballo hacía la más deplorable figura:

—Oye, tú, animal, bajate del caballo y ponte á mi lado, verás
qué facha tan ridícula haces á caballo.

—Diga V., portero, ¿cuánto es el cuarto desahogado?
—18 reales. ¿Es para V?
—Sí, señor.
—¿Y cuántos años tiene V?
—Setenta y uno, y mi esposa setenta y dos.
—Entonces no es para V., porque el amo no quiere que se muera a los vecinos de la casa.

El otro día un caballero vió en la iglesia á otro que, arrodillado devotamente, oraba con el mayor fervor.

Terminada la oración, que fué muy larga, se levantó el devoto, y entonces reconoció aquel á su sastre.

—¡Hombre! le dijo, mucho tiene V. que pedir á Dios, cuando tanto tiempo ha estado V. rezando, y muy arrepentido se conoce que está V. de sus pecadillos.

—Sí, señor; le pedía que me pagara V. los dos gabanes que le tengo hechos, y me arrepentía de haberlos hecho.

Un señor pedía á su criado las botas, y viéndolas llenas de barro, le preguntó por qué no las había limpiado:

—Señor, contestó el criado, como va V. á salir y está lloviendo mucho, se las volverá V. á ensuciar, y he creído que era inútil limpiarlas.

El señor calló, y al salir de casa, dijo que comía fuera, y no dió dinero ninguno al criado para que pudiese comer.

—Señor, ¿y yo dónde como? preguntó el criado.

—¡Hombre! como mañana has de volver á comer, ¿qué necesidad tienes de comer hoy?

Recibimos *El porvenir filipino*, abrimos uno de los números, y encontramos esto:

«Ayer hemos presenciado el nada agradable espectáculo de ver pasar por nuestra redacción un desventurado, que montado en un jaco y con su acompañamiento de cuadrilleros, iba presentando las espaldas para que el verdugo le aplicase, en los sitios de costumbres, los azotes á que haya sido condenado.»

Abrimos otro número del mismo periódico, y encontramos lo siguiente:

«También ayer hemos visto á un pobre diablo, que caballero en un escuálido jamelgo, con las espaldas al aire, pasaba por la calle Real de Quiapo, acompañado del ejecutor de la justicia y de un crecido número de cuadrilleros, á purgar con el castigo de azotes la falta que cometiera.—No cesaremos de repetir la conveniencia de que se reprima la algazara de la muchedumbre de curiosos que le acompañaba; además de ser odioso, es hasta indigno de que en un país culto se vean escenas de tal naturaleza.»

Parece imposible que en pleno siglo XIX se aplique ese vergonzoso y repugnante castigo.

El Gobierno haría muy bien en prohibirlo. Hay casas de corrección y presidios donde los criminales expien sus culpas, y es

una cosa que no tiene nombre dar ese castigo á un hombre que criminal y todo, es hermano nuestro ó hijo de Dios.

Un pretendiente escribía á un personaje una carta, recordándole sus pretensiones, y puso esta postdata:

«Dispénseme V. E. si le he escrito esta carta envuelta en una manta vieja, porque hace mucho frío, y es el único abrigo que tengo en casa.»

El corresponsal de *La Correspondencia*, en la inauguración del canal imperial de Aragón, habla en una de sus cartas del *Wagon ministerial*, y de que en la corrida de toros celebrada en Zaragoza, uno de los señores ministros arrojó su petaca al Tato.

Otra vez tenemos que preguntar cuándo se ponen á la venta los nuevos sellos de 5 milésimas, para el franqueo de libros y entregas. Hoy no queremos preguntarlo porque no se diga, pero lo preguntaremos otro día.

La plana mayor de marina del departamento de Cartagena, ha cobrado ahora la paga de Junio.

Pues les digo á VV. que si así continúa cobrando la plana mayor, se va á convertir en menor, porque se morirán de tedio, lo ménos, sus individuos.

Se va á hacer el empadronamiento general de los vecinos y vecinas de Madrid.

Vecinas, cuidado con ponerse años de ménos.

Esto del empadronamiento, es una de las cosas que más incomodan á las señoras.

Mi amigo Juan despidió el mes pasado al criado.

Otro se presentó, y mi amigo le dirigió el discurso siguiente:

—Mira, hijo, á mí me gusta hablar poco, y quiero que á media palabra que diga se me entienda y se me adivinen los pensamientos. Así, cuando te diga—Voy á afeitarme, debes entender que quiero agua caliente, jabón, la navaja bien limpia, el navajero, la tohalla, y todo lo que necesita un hombre para afeitarse. Y como te digo para esa operación, así para todo lo demás.

Así lo hacía el criado, y mi amigo estaba muy contento.

Pero el otro día se siente indispuerto, y llama al criado, y le dice que está malo, y que avise al médico.

A pesar de que el médico vivía cerca, el criado tardaba en volver.

Al fin, al cabo de tres horas, entra y dice á su amo:

—Ya está ahí todo.
—¿Qué es todo? pregunta mi amigo. Ya podías haber venido antes.

—Señor, como V. me ha dicho que le adivine los pensamientos, he ido á buscar al médico, y el Viático, y un escribano, y los sepultureros, y la caja, y el hábito, y ya quedaban enganchando los caballos en un carro muy majo para que lo lleven á V.—Y V. me dirá si quiere que vayan pobres de San Bernardo.

TEATRO REAL.

La Favorita es una ópera que de antiguo conoce y estima el público ma trileño. También los cantantes que la han interpretado al presente son antiguos conocimientos, si se exceptúa al señor Atry, que lo es de muy pocos días á esta parte.

Así es que el público, con sus frecuentes aplausos, ha hecho justicia á la maestría con que Mad. Naniier-Didier allana los escollos que no pueden ménos de presentarse en una ópera que no se adapta por completo á la especialidad de su voz y sus aptitudes.

El Sr. Nicolini no ha perdido ninguna de las facultades que tan querido le hicieron del público hace pocos años; antes bien, la voz, brillante y pura como entónces, parece haber ganado en igualdad lo que en seguridad el canto. La célebre romanza del cuarto acto, que cantó con gran pureza, le valió nutridos y prolongados aplausos.

Uno de los más legítimos triunfos del señor Bonché, que por otra parte no ha tenido contratiempo alguno en nuestra escena, ha sido siempre esta ópera: es difícil, en efecto, interpretar más fielmente el carácter del rey Alfonso tal cual el libreto lo presenta, ni cantar con más gusto y delicadeza toda la parte.

El señor Atry llenó perfectamente las exigencias de su papel, un tanto secundario, y se nos figura que al fin ha de lograr el favor del público.

No podemos dejar de consignar, por más que esta observación tan repetida, pero siempre justa, parezca ya un poco monótona, que la orquesta y los coros estuvieron á la altura de su reputación.

GEROGLÍFICO.



ANUNCIOS.

PERFECTA SALUD A TODOS.

La Revalenta Arábica du Barri de Londres, cura sin medicina y sin gastos las gastritis, gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, pituita, hipos, acedías, reumas, catarros, fiebres, toses, asma, tisis, debilidad, histérico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiración, de los riñones, de los intestinos, de los nervios, del hígado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65,000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curación del Santo Padre Pío IX, la de la marquesa de Bréhan, del duque de Pluskow y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20; 12 libras, 170; 24 libras, 300. Casa *du Barry y compañía*, núm. 1, calle de Valverde, Madrid.

Depósitos: Madrid.—Sr. Borrell, Sr. don Vicente Miquel, Sr. don Carlos Ulzurrun, Sr. Sanchez Ocaña, Sr. Escolar, Sr. Miquel de Celis, Sr. don Carlos Prast, Sr. don Fernando Alouso, Sr. Lengua Palacios.—Alizante: Sr. Soler, señor Rodríguez Hernández.—Bilbao: Sr. don José María de Somonte.—Barcelona: Sr. don Agustín Massana, Sres. Fortuni y compañía, Sres. Martí y Arugas.—Cádiz: don Ramon Pinal.—Córdoba: Sra. viuda de Avilés.—Figueroas: Sr. don Francisco Fabre.—Gibraltar: Sr. Roberts.—Logroño: Sr. don Maximino Zardoya.—Málaga: Sr. don Jorge Hodon.—Murcia: Sr. don Rafael Almazan y Martínez.—Oviedo: Sr. Martínez.—Valencia: señor don E. Jimenez, Sr. don Manuel Mezquita, Sr. don Ramon Rivés.—Valladolid: Sr. Perz Minguez. 48

ALFOMBRAS INGLESAS.

Se ha recibido un completo y variado surtido de alfombras y fieltros de lo más nuevo, á precios sin competencia, como se puede ver, pues los tienen puestos: mantas de Palencia de todos tamaños, á precios de fábrica; Merinos negros superiores, desde 14 rs. vara; Chales negros de merino, desde 60, y lanas de todas clases y precios. Calle de Bordadores, núm. 9, tienda, frente á la iglesia de San Ginés. 2

FONDA DEL COMERCIO.

Alcalá, núm. 1, esquina á la Puerta del Sol. Hospedaje con un esmerado servicio desde 20 rs en adelante. Cubiertos desde 6 arriba. 15

CASA DE PRÉSTAMOS.

Se ha establecido una de toda confianza, calle del Baño, 11. 3

Postas, 13, esquina á la de San Cristóbal.—En esta casa encontrarán las señoras, lanillas para trajes de 2 1/2 rs. vara. Toda persona que compre un vestido, se la dará dos décimos de la lotería de la Utilitaria, que tan buenos premios está dando, 40 rs. de consumo, dos décimos; 100 rs., cinco décimos. 12 d.

CUMBERLAND, MUÑOZ Y MEXÍA.

Gerentes de la gran sastrería, núm. 34, Carrera de San Gerónimo, esquina á la calle del Baño.

Tienen el honor de anunciar al público haber recibido sus surtidos de novedades para la próxima estación, y aumentado el personal industrial de la casa con operarios de reconocido mérito en el corte especial de UNIFORMES DIPLOMATICOS, MILITARES Y NAVALES; TRAJES DE BAILE, SOCIEDAD Y PASEO; AMAZONAS Y ABRIGOS PARA SEÑORAS; VESTIDOS PARA NIÑOS, Y LIBREAS.

Esta importantísima casa, que compete altamente con las más acreditadas de su clase en el extranjero, es la primera en España por su inteligencia y escogido personal industrial, por el gusto y esmero en la confección de toda clase de prendas, por su puntualidad y premura, y por lo selecto y grandioso de sus surtidos.

Las compras de esta casa, en relación con sus ventas, cada día más considerables, facilitan el medio de obtener de los fabricantes excepcionales ventajas, las mismas que se ofrecen al público, en la siguiente

NOTA DE PRECIOS:

Trajes de sociedad, frac, pantalon y chaleco, elasticotinas inglesas y sedán, á 600, 700 y 800 reales. Idem de paseo, chaquet, pantalon y chaleco, género inglés, angola, 500, 600 y 700. Idem de negligé ó de mañana, chaquet ó americana, pantalon y chaleco, género inglés, 400, 500 y 600. Levitas y chaquets de vestir, melton, tricot, elasticotina superior, 400, 480 y 560. Gabanes y levitones de abrigo de eliasian, feur Beaver, edredones, ratinas, 360, 400, 440, 480, 520, 560 y 600. Pantalones ingleses y franceses, en su mayor parte dibujos exclusivos, 120, 140, 160 y 190. Capas, 500, 600, 700 y 800. Uniformes, amazonas, abrigos, trajes de niño y libreas, sus precios en relación con el material, bordados, adornos y divisas.

Remesas á provincias. On parle français. Si parla italiano. English spoken.

LEED, LEED, LEED.

NEUEVA INVENCION.

La prensa ha juzgado la de nuestro *Aceite de bellotas*, que vendemos para los cabellos, á 6, 12 y 18 rs. frasco, en la calle de Jardines, núm. 5.—*El Comercio de Alicante*, en 24 de Febrero, decía lo siguiente:

«*Aceite de bellotas*.—Varios periódicos de Madrid, entre ellos *La Epoca*, el *Diario oficial* y *La Bolsa*, hacen grandes elogios de este precioso descubrimiento, que recomendamos eficazmente á nuestros lectores, como uno de los mejores específicos para la conservación del pelo.»

El Pueblo, que también se ha ocupado de este aceite, dice lo siguiente en uno de sus últimos números:

«En la seccion correspondiente pueden ver nuestros lectores el anuncio del *Aceite de bellotas*, que con tanta aceptación, como buenos resultados, se emplea desde su descubrimiento en la conservación del cabello, pues evita la calvicie, hace salir el pelo en las calvas recientes ó inveteradas, y robustece el enfermizo; también sirve para teñir las canas y precaverlas.»

«Tan brillantes resultados se deben á la excelencia de su composición, cuyo análisis químico, hecho por conocidos farmacéuticos é ilustrados médicos, ha sido sumamente favorable al autor de dicho aceite, el señor Brea y Moreno, que ha visto coronados sus esfuerzos y desvelos por el favor con que el público ha acogido su descubrimiento, de que en poco tiempo se han vendido más de 80,000 frascos.»

IMPRESA DE D. CARLOS FRONTAURA, A CARGO DE RAMON BERNARDINO.

En esta imprenta, perfectamente montada y surtida, se admite todo encargo de impresiones, y se procurará servir á las personas que honren el establecimiento con toda puntualidad y con la mayor economía posible.

SOCIEDAD VINÍCOLA EN ESPAÑA.

Los vinos añejos de esta Sociedad, elaborados al estilo de Burdeos en las bodegas modelo de Buenavista, se expenden únicamente en su depósito central de la calle de T.uan, núm. 17, que no hay que confundir con el núm. 23.

Sus precios varían desde 2 á 10 rs. botella. Surtido completo de vinos y licores extranjeros. 9, 12, 16, 19, 23, 26, 30.

ALMONEDA.

En la calle de Cañizares, núm. 1, frente á la Iglesia de San Sebastián, se hace almoneda de telas de lana para vestidos, orleanas y merinos negros, percalinas, que se darán á 12 y 14 cuartos, y superiores á 15 cuartos; madapolanes á 16 cuartos, y de primera á 2 rs., y anchos superiores, á 2 1/2 y 3 rs. Pañuelos de lana, del precio de 50 y 60 rs., se darán á 26 y 30 rs. Cajas de hilo para colchones, dibujos nuevos, del precio de 11 á 13 rs., se darán á 8 1/2, 9 y 10 rs., y anchos, clase superior, del precio de 19 á 22 rs., se darán á 13, 14 y 15 rs. Mantas de Palencia, del precio de 36 á 40 rs., se darán á 28 y 30 rs., y las de 60, á 45 y 50, y grandes, del precio de 6 y 7 duros, á 80 y 90 rs. Inglesas, del precio de 8 á 9 duros, se darán á 100 rs., y superiores, de 11 á 12 duros, se darán á 120 y 140 rs. Lienzos para sábanas, de 2, 2 1/2 y 3 varas de ancho, y para camisas fino, de 4, 4 1/2 y 5 rs. Holandas de hilo redondo, retortas, retores, bus juetas, camisetas y pantalones de punto, medias, franetas blancas y de color, camisas para hombre y para señora, bordadas y lisas, chambras, pantalones y enaguas, entredoses y tiras bordadas, faldas para niño, pantalones de hilo blancos, refajos, abrigos y medias de estambre para niño, muletones labrados superiores, y otros muchos artículos, que se darán muy arreglados para su pronta realización.

PLANCHADORA.

Se plancha toda clase de ropa, y se riza á precios arreglados, calle de la Luna, núm. 14, piso cuarto.

IMPORTANTE PARA TODOS.

Único depósito en Madrid de mantas inglesas de riquísima lana saxon, de mucho abrigo y poco peso, de todos tamaños; también las hay de color para viaje. Se recomiendan á los extranjeros esas clases tan acreditadas y que tanto conocen, aprovechen la ocasión. También hay sábanas higiénicas ó de salud, de tan prodigiosos resultados para los enfermos y para los que no quieran sentir el frío. Por realizarlas pronto, se dan más baratas que en la misma fábrica. Bordadores, núm. 9, tienda, frente á San Ginés. 3

MADRID: 1867.—Imprenta de El Cascabel, á cargo de Ramon Bernardino, calle de las Hileras, número 4, bajo.